

Notas, textos y comentarios

La teología en tiempo de León XIII

Pocas materias tan aleccionadoras como el desarrollo del pensamiento teológico en un siglo en que las ideas sufrieron una evolución, o mejor una crisis, tan profunda. Por ello se saluda el libro reciente del P. Hocedez¹ con regocijo y se abre con curiosidad e interés. No es pequeña alabanza el afirmar que su lectura no defrauda y que al cerrar la obra se han colibrado los problemas más hondos de la agitada época, han destilado en impresionante escuadrón los principales adalides de la titánica lucha que tuvieron que sobrellevar para no dejarse arrollar por la invasión siempre creciente de los principios materialistas y racionalistas, se han podido cotejar las tácticas de las principales escuelas y hasta se ha realizado una excursión por el inmenso campo de la teología, contemplando en una vista panorámica la situación real que ocupaban las fuerzas católicas al finalizar el período.

La impresión que deja el libro en el ánimo del lector es la misma que produce la reseña de las batallas.

Un ambiente de lucha caracteriza todo el período. No hubo, es verdad, jefes geniales. Pero hubo un vigía que dió una táctica providencial: apoyarse en el tomismo. Y al fin, no sólo se mantuvieron las posiciones iniciales, sino que se avanzó.

El problema, eje de la contienda, surgió amenazador en la conciencia de todos. Se trataba de analizar las relaciones de la ciencia y de la crítica con la teología. Cada avance de la ciencia suscitaba un nuevo conflicto en sus relaciones con la fe. Bien sabían los verdaderos fieles que no podía haber incompatibilidad entre los nuevos conocimientos con los que se enriquecía el mundo y la revelación cristiana. Y sin embargo muchos de los inventos parecían aparentemente derrumbar construcciones solidísimas cristianas.

Pronto se formaron dos tendencias en el campo católico, tendencias antagónicas, conservadora una, progresista la otra. Sus infiltraciones se sintieron en todo el campo de batalla.

Comenzó por manifestarse la doble táctica en el método mismo de conducir la batalla. Unos, como Batiffol y Vacan-

¹ HOCEDÉZ, EDGAR, S. I.: *Histoire de la théologie au XIX siècle*. T. 3e: *Le règne de Léon XIII* (1878-1903). (Museum Lessianum. Section théologique n. 45.)—L'Édition Universelle (Bruselas-Paris, 1947).

dard, se sentían en la necesidad de recurrir a armas nuevas, o al menos de adaptar las antiguas, mediante una búsqueda diligentísima por los riquísimos filones de la tradición. Eran los teólogos positivos. Otros, en cambio, Mazzella, Lahousse..., seguían confiando en el tradicional método escolástico, examinando directamente los problemas y procurando interpretar y aprovechar los férreos raciocinios de los antiguos filósofos.

Para entender el desenvolvimiento del pensamiento es necesario tener en cuenta un factor decisivo. Acababa de celebrarse el Concilio Vaticano, en el que se habían fijado las relaciones entre la fe y la filosofía. Todo concilio es un punto firme de arranque, porque supone la consolidación de lo anteriormente conquistado. Podían ya, sin preocuparse de esos problemas, lanzarse de nuevo sobre las posiciones más en peligro. El nuevo ataque se centró en torno al neocriticismo. Los representantes de la doble actitud, a que hemos aludido poco ha, comenzaron a pelear conforme a su táctica elegida. Los más avanzados quisieron iluminar los puntos más oscuros de la Sagrada Escritura con los fulgores mismos del avance científico. Los contrarios, conservadores, juzgaban tal proceder una profanación. Era querer controlar la inspiración divina con baluceos humanos. La estructura y finalidad de la Iglesia fundada por Jesucristo agitó también profundamente los espíritus. La tensión y naturaleza del progreso dogmático puso enfrente a dos de los adalides más representativos: Newman y Franzelin. Las teorías de Hermann Schell fueron la cabeza de turco de una interminable serie de disputas. La división se reflejó hasta en el terreno político-social con la encarnizada lucha en torno al liberalismo político y a la cuestión social.

Tales luchas no fueron estériles. Brotó la luz en muchas cuestiones y se inició un franco progreso. Los puntos en que se avanzó más decididamente en este período fueron los siguientes:

1. *La apologética.*—Se había comenzado con una actitud de mera defensa contra la nueva mentalidad que iba infiltrándose. Se acabó atacando. Como consecuencia, la apologética fué tomando cuerpo hasta convertirse en una disciplina casi autónoma, con objeto propio y métodos particulares, desembocando en la definitiva elaboración de la teología fundamental y del tratado *De Ecclesia*.

2. *El método.*—Fué donde se notó más el avance, y el punto en que el ambiente filosófico de la época influyó más favorablemente en el campo teológico. Gracias al progreso siempre creciente de ciencias tan relacionadas con la teología como la exégesis y la patrística, y gracias también al espíritu crítico dominante en los sectores intelectuales, las pruebas escriturísticas ganan en precisión y rigor, los textos son examinados con mayor exactitud, se tiene mucho más en cuenta el contexto y las circunstancias históricas, con lo que se pe-

netra más profundamente en el sentido genuino de las fuentes teológicas.

3. *Nuevas ciencias.*—Se comenzó la elaboración más sistemática de disciplinas que se fueron desgajando ya maduras del árbol de la teología, como la teología bíblica, la teología patristica, la historia de los dogmas.

4. *Orientación más objetiva.*—Parte como reacción al exagerado racionalismo de Hermes y Günther, parte por influjo del ambiente realista y positivista del siglo del progreso material y de la experimentación, se fueron estudiando los problemas eclesiásticos con un sentido mayor de realidad, sin perderse en sinuosos conceptos metafísicos, dejándose de los agudos escarceos intelectuales, de que tanto gustó la escolástica decadente.

Por desgracia, no se efectuó el mismo progreso en lo más medular de la teología: en el dogma. Se les fué lo mejor de sus energías en combatir el racionalismo subjetivo, que, como funesta herencia del siglo de las luces, del deísmo y de la Enciclopedia, iba infestando la ciencia sagrada del siglo XIX. Es verdad que se dió la preferencia en la apologetica a los argumentos internos, a mostrar cómo las aspiraciones íntimas del hombre quedaban plenamente saciadas, orillando las pruebas, tan brillantes como externas, que privaban antes. Pero eran esfuerzos realizados en la superficie, que no llegaban a conmover las entrañas del dogma. Con todo, hay que reconocer algún progreso, no tanto en virtud de sondeos directos, sino por repercusión indirecta: en cuanto que el avance en el método influyó necesariamente en la mayor penetración del mismo fondo. Mas puestos en este terreno, conviene observar que tampoco faltaron ocasiones en que se dió el fenómeno contrario: que precisamente el demasiado pulir la forma fué una rémora para el estudio del dogma, dado lo morosamente que se detenían en ella, como si estuvieran regodeándose con sus primores, convirtiéndose de este modo lo que debía haber sido escalón para un superior avance en meta y fin del trabajo.

Los temas que se agitaron fueron, sin embargo, bien trascendentales. Problemas en torno a la gracia santificante, la adopción divina y la predestinación, el análisis del acto de fe, la causalidad de los sacramentos. Pero el avance de la doctrina no correspondió a la importancia de las materias tratadas. Es que faltó el genio que supiera coordinar los elementos de solución que medrosos a floraban en el ajeteo de las disputas y dar con la fórmula precisa, certera, ansiada de todos. Se sacrificó demasiado el dogma a la apologetica y a la historia.

No faltaron, con todo, en el cielo de la teología en tiempo de León XIII los astros que, sin ser de primera magnitud, dejaron un surco bien luminoso. Hocedez recorre los principales, agrupándolos por constelaciones de escuelas. No le seguiremos en la larga enumeración. Creemos que la criba del

tiempo irá eliminando un buen número. Está demasiado cercano el período leonino para poder dar un juicio definitivo del influjo de muchos de ellos. Además, por la mecanización actual del trabajo científico, se corre el peligro de ir acumulando, con febril ansia de ser completos, nombres y citas, como si se tratara de la guía de una profesión o de la producción estadística de objetos materiales en serie, sin atender al valor intrínseco de las obras.

En la mente del autor parece que descuellan el Cardenal Franzelin y Matías José Scheeben. Junto a ellos se puede colocar a Domingo Palmieri, Juan Vicente Heinrich y tal vez al original, discutido y fascinador Billot, por quien H. parece sentir cierta simpatía. Todavía se distinguen de modo muy particular Pesch, Hugon, Zigliara, Mazzella, Hulst, Schiffini y algunos más.

Queda encuadrada la acción del presente volumen dentro del pontificado de León XIII. Y con razón, a pesar de ser el Papa Pecci más humanista que teólogo. Porque espíritu moderno, diríamos curioso, con un fondo de sana inquietud y afanes de superación, estaba penetrado como pocos del papel importante que jugaba la ciencia, y la favoreció siempre con entusiasmo. Siguió atento, desde la atalaya del Vaticano, los movimientos de los grandes pensadores de la época y la evolución de las principales escuelas.

Sobre todo con su memorable Encíclica *Aeterni Patris*, en que proponía el retorno al tomismo como el antídoto más eficaz contra la infiltración del atomismo y cartesianismo y la desviación intelectual contemporánea, puso los jalones de una época nueva de mucha más unidad y cohesión teológicas y trazó la ruta que seguiría en los decenios siguientes la ciencia eclesiástica, a pesar de los brotes que por desgracia se notaron aquí y allá de un falso tomismo "instrumento de polémica entre los profesores católicos" y aun de la "estrechez e intransigencia del neotomismo francés".

León XIII, de este momento se convirtió en el verdadero director del movimiento teológico. Con sus iniciativas favoreció el avance en toda la línea, con sus "audaces" directivas "introdujo a los católicos por las vías del progreso social".

Todavía, a pesar de la extensión de esta nota, no hemos dicho nada de las luchas con el positivismo y el neocriticismo, de las relaciones con los teólogos protestantes, de los importantísimos congresos de los sabios católicos, de los moralistas, ascetas y místicos, de todo lo cual—y de mucho más—va informándonos el autor con gran exactitud y aun minuciosidad, a pesar del método sintético que ha escogido.

Ni es posible. Pretendíamos tan sólo mostrar algunos de los filones que más nos han cautivado, de entre los riquísimos que encierra este libro, en el que casi en cada página se van entrecruzando complejos problemas, corrientes ideológicas, nombres de teólogos de todo el mundo, en número demasiado grande para que el sabio profesor de Lovaina, a pesar de su

diligencia, haya podido asimilarlos en una tesis completa y armoniosa.

No queremos meternos a corregir detalles, porque el mérito de esta obra—que lo tiene, y muy grande—no consiste en la perfección de cada uno de sus sillares, sino en haber sabido armonizar materiales tan dispares de proporciones tan grandiosas y bellas, desapareciendo en el conjunto, como insignificantes motas, los ligeros deslices.

Precisamente porque se refieren a la contextura general, queremos hacer dos observaciones.

El autor ha elaborado su síntesis y unificado la materia en torno a los mismos problemas teológicos, no alrededor de los grandes pensadores que fueron ajustando y perfeccionando los trascendentales temas teológicos. Es decir, ha ido recorriendo los tratados teológicos y viendo en cada uno de ellos las diversas sentencias que se dan, extrayendo aquellas que en el lapso del tiempo de León XIII fueron objeto de algún estudio o contienda especial.

Debido a este sistema no se aprecia suficientemente la trabazón interna que une a las diversas cuestiones, y menos aun se forma idea clara de la evolución seguida en toda la línea, al no verse su continuidad, sino tan sólo puntos aislados, en un abigarrado conjunto muy difícil de penetrar. Creemos que era más lógico seguir la técnica de los autores cronológicamente, y en torno a ellos agrupar los problemas tratados. Se hubiera visto mucho mejor la razón de la lucha, la técnica de cada escuela con sus principales características; en una palabra, se hubiera podido trazar la línea de las ondulaciones del pensamiento de los grandes teólogos y penetrar en lo más íntimo de la historia, que hubiera ganado mucho en trabazón y profundidad y no hubieran quedado diluídas las figuras por ese parcelamiento de los campos en que se movieron.

Se observa además mucha diferencia en el conocimiento, y, lo que es más grave, en la asimilación de autores según la nación a que pertenecen. No es que deseemos más nombres—ya hemos dicho que hay demasiados—, sino que se vea con más nitidez la importancia de cada uno en el conjunto, que se puedan seguir los hilos del influjo de cada tendencia en la formación de la contextura general del pensamiento. Lo más logrado en este aspecto es lo referente a los autores de lengua francesa, a algunos alemanes y a los que escribieron en Roma. Todos los demás quedan como desgajados del conjunto, como algo superañadido, que se podría suprimir sin que por eso sufriera nada la ilación de la historia. El autor recalca, y con razón, el carácter ecuménico de la teología del siglo XIX. Ahora bien, ¿en qué consistió esa ecumenicidad y el mutuo influjo que sin duda se dió entre ellos? Porque creemos que no se trata sólo de una ecumenicidad meramente material, sino que hubo un trasvase mundial de problemas y anhelos, trascendiendo la acción de los grandes teólogos más allá del estrecho límite de las fronteras nacionales.

Bien pocos, u los teólogos españoles mencionados en la presente obra. Recordamos solamente los nombres de los apologistas populares Martínez Vigil, Llamas, Del Val, Juan Mir, Boya, Martínez Núñez, López Novoa, Wals; de los teólogos Ceferino González, Mendive, Murillo, Casajoana, Pensay, Carcagente, Casanova, Fernández García, Ferreres, Villada; de los sociólogos Cepeda, Orti y Lara, Vicente.

Sobran algunos y tal vez conviene añadir nombres como Norberto del Prado, Javier Caminero, Manuel García Gil, Marcelino Gutiérrez, Juan Muncunill. Pero a esto—repetimos—no damos gran importancia. Lo importante es que no aparece nuestra teología entroncada con las de las demás naciones y escuelas. Si por la falta de hombres bien formados y de centros eclesiásticos de altura—triste herencia de un desastroso siglo de revoluciones y sufrimientos para la Iglesia—nuestro influjo tuvo que ser muy limitado en la formación del pensamiento internacional y apenas traspasaron la frontera otras obras que las de Ceferino González y Casajoana, con todo hubiera sido muy interesante ver qué elementos extranjeros contribuyeron a la formación de nuestro pensamiento teológico y qué ligazón mutua había entre las diversas corrientes de la teología española.

IGNACIO IPARRAGUIRE, S. I.